

LIBRO III

UNA PLEGARIA Á LA VIRGEN

ROMANCES

POR

FERNANDO ALVAREZ PRIETO



I

## Introducción

**E**RASE un pueblo que acababa apenas de nacer á la luz del Evangelio, que de las densas sombras del pecado girones hace los tupidos velos.

De su fulgor divino, sacrosanto,  
toma perenne luz del alto cielo,  
y huye en confusa, atropellada fuga  
el malhadado espíritu protervo.

Erase un pueblo en que cambiado habían  
con la predicación los misioneros,  
en mansa oveja de vellones blancos,  
al que era tigre bárbaro y sangriento.

Allí, donde el inmundo sacerdote,  
con el rostro embijado de *ulli* negro,  
digna costumbre del que culto daba  
á la deidad infame del averno.

Ébrio de sangre y salpicado de ella,  
abría de las víctimas el pecho,  
el nuevo y solo Dios, el Dios cristiano,  
socavó del *teocalli* los cimientos.

Al derrumbarse los impíos muros  
que de infamias sin fin testigos fueron,  
rompió el coro de arcángeles en himnos  
de gloria y de alabanzas al Eterno.

Y en tanto que se viste en nueva aurora  
de luz indeficiente el firmamento,  
huye Luzbel del Tepeyac felice  
que del coro sin par repite el eco.

Y allí donde natura sólo abrojos  
á las flores y frutos siempre ajenos,  
con raquítico afán nacer hacía,  
de ingrata tierra trabajoso esfuerzo,

Vivificante soplo de las brisas  
que mueve de los ángeles el vuelo,  
brotar haciendo castellanas rosas  
viste con ellas al absorto invierno.

Pues quiere Dios que de sus plantas pose  
la Augusta Madre del sin par Cordero,

las flores broten de infecundas piedras,  
que á todo alcanza su poder excelso.

\*  
\*\*

Vedla: es la misma que en la enhiesta cumbre  
del Calvario, y al pié de aquel madero  
que á tan alto destino consagrado  
nunca otro igual los bosques produjeron.

Transida de dolor sin semejante  
Recibió de los labios del Cordero  
la misión de ser madre de los hombres  
y en ellos ver sus hijos predilectos.

Ella viene á nosotros como cumple  
á la madre de aquel que pereciendo  
por redimir al hombre, demostrado  
dejó á la humanidad su amor inmenso.

Adoradla, Cristianos: y vosotros  
los que nacido habéis bajo este cielo  
mas que el de Italia hermoso, y más tranquilo  
que el lago azul, de su belleza espejo,

Con alma y vida celebrad su nombre.  
y adoradla rendidos y sinceros,  
y así corresponded á ese milagro  
que *no hizo semejante en otro pueblo.*

\*  
\*\*

Santa Madre de Dios; Virgen querida  
de todo noble mexicano pecho,  
míranos con piedad; manda á nosotros  
de tu bondad divina los consuelos.

No te olvides, Señora, que es el hombre  
sin tu celeste auxilio, ser pequeño  
para poder luchar con las miserias  
de aqueste valle de amarguras lleno.

No nos dejes, Señora: cada día  
á tí mi pobre corazón elevo  
esperando, ¡oh mi Madre! que á moverte  
alcance un día mi ferviente ruego.

No me quejo de tí: de tus bondades  
en veces mil hicíste me el objeto,  
y en los pesares que mi vida afligen  
siempre que á tí recurro alivio encuentro.

No me quejo de tí, pues bien conozco  
que para mí ningún merecimiento,  
á grande gratitud me has obligado  
con los bienes, Señora, que me has hecho.

Pero no acudo á tí; Virgen divina,  
valido y orgulloso de mis méritos,  
pues para merecer tus beneficios  
sé bien, Señora, que ningunos tengo.

No, pues, me consideres ni me trates  
por el ningún valer que tienen ellos;

trátame, Madre mía, únicamente  
según tan sólo tú puedes hacerlo.

Por tu misericordia que es tan grande  
que al débil engrandece y al pequeño:  
mis méritos no invoca, Madre mía;  
á tu bondad invoco y me encomiendo.

Y tú me oirás, Señora; tú has de oirme,  
porque eres tú y porque así lo creo:  
Y si por ser quien eres nada existe  
que no se pueda hacer al tú quererlo,

Obstáculo no habrá que á tus bondades  
pueda, ¡Oh Virgen! poner impedimento,  
si yo consigo, por bondad divina,  
con la palanca de mi fe moverlo,

Mírame con piedad: muévate el llanto  
con que la flor de tus altares riego,  
y acepta, ¡oh Madre del amor Hermoso,  
la sentida plegaria de tu siervo.

Perdóname mis faltas: ¿qué son ellas  
si al lado, ¡oh Santa Virgen! las ponemos  
del poder que en tus manos sacrosantas  
quiso depositar el Nazareno?

Recuérdalo, Señora, que *El* lo dijo:  
«Cuanto mi Madre pida yo concedo;  
»y cuanto yo conceda ratifica  
»mi padre sacrosanto desde luego.»

Escúchame, Señora; cada día  
 á tí mi pobre corazón elevo,  
 porque tengo la fe de que á moverte  
 alcance un día mi ferviente ruego.

Y tú me veras, Señora; y quizás pronto  
 prueba bastante me darás de ello,  
 que por ser tú quien eres, nada existe  
 que no se pueda hacer al tú quererlo.

II

## Hernán Cortés

**H**AN transcurrido dos lustros  
 apenas, desde que el bravo  
 capitán Hernán Cortés  
 libertó con férreo brazo  
 al gran imperio de Anáuhac  
 del cetro de los tiranos,  
 que maltratando á los pueblos  
 que aquella nación formaron,  
 cual no recuerda la historia  
 que otros peor fuesen tratados,  
 dieron con su tiranía  
 al guerrero castellano,  
 por odio á los opresores  
 muchedumbre de aliados.

—  
 ¡Severa lección por cierto  
 fué aquella para tiranos!